

Curación de un leproso

Este pasaje aparece también en los otros dos Evangelios sinópticos (Mt y Mc).

REVISIÓN DESGLOSADA DE Lc 5, 12-16;**5, 12 Y SUCEDIÓ QUE, ESTANDO EN UNA CIUDAD,**

Ninguno de los tres evangelistas dice de qué lugar se trata. Así que, aunque lo que se narra sucedió realmente, el hecho de que suceda en una ciudad de la que no se dice el nombre, da a entender que tiene también un sentido más amplio, espiritual, aplicable a nuestra vida.

SE PRESENTÓ UN HOMBRE CUBIERTO DE LEPROA*se presentó*

De entrada llama la atención el atrevimiento de un leproso, que se atrevió a presentarse ante Jesús. Los leprosos tenían prohibido entrar a las ciudades.

cubierto de lepra

Como médico, san Lucas no se conforma con decir: «un leproso» sino especifica que estaba invadido de lepra. Eso nos permite imaginar que su aspecto y olor deben haber horrorizado a la gente.

lepra

Con esta palabra reúne la Biblia, bajo diferentes nombres, diversas afecciones cutáneas particularmente contagiosas, e incluso el moho de vestidos y parecesö (Leon-Diufour VDTB pp. 1088-1089).

En el libro de Levítico, capítulos 13 y 14 se describe minuciosamente todo lo referente a la lepra.

Hay que considerar que el pueblo judío era pequeño y vivía en condiciones muy precarias de higiene.

Se debían extremar las precauciones con relación a enfermedades contagiosas o aquello que pudiera propagarse rápidamente (como el moho), o la población podía ser seriamente afectada por epidemias incontrolables.

La lepra era considerada un verdadero azote.

Si de por sí el pueblo pensaba que las enfermedades eran producidas por el pecado, los leprosos eran considerados los peores pecadores, pues se creía que su cuerpo reflejaba lo que ocurría en su alma. La lepra los iba llenando de llagas, se les caía la piel a pedazos, incluso con partes del cuerpo como la nariz, orejas y dedos, y despedían un olor repugnante.

Como la lepra era muy contagiosa y se la consideraba incurable (ver 2Re 15, 5), era muy temida (ver Dt 28, 34-35), y se la consideraba un castigo del cielo (ver Num 12, 9-10). La curación de un leproso era considerada tan imposible como revivir a un muerto (ver 2Re 5,7).

Quien padecía lepra era de inmediato expulsado del sitio donde vivía y obligado a quedarse en las afueras de la ciudad, sobreviviendo como pudiera. A veces los familiares les arrojaban comida desde lejos, pero con mayor frecuencia la chiquillada del pueblo les arrojaba piedras.

Estaba obligado a vestir de luto: debía rasgarse las vestiduras, desgreñarse los cabellos y cubrirse boca y barba, signos que la gente usaba cuando estaba en duelo (ver Gen 37, 34; Esd 9,3; Miq 3,7), pero en este caso, el duelo ¡lo llevaba por sí mismo!

Cuando se sospechaba que alguien tenía lepra, se presentaba a ser examinado por un sacerdote (ver Lev 13, 2-44). Si se demostraba que tenía lepra, era arrojado de su comunidad (ver Num 5, 2).

Debía colgarse una campana al cuello para que lo oyeran los caminantes que pasaran por ahí y no se le acercaran ni por equivocación. Y si oía que había gente, debía gritar: «¡impuro!, ¡impuro!» refiriéndose a sí mismo, para que se supiera que era leproso.

Campanas y gritos le congelaban la sangre a los que les escuchaban, pues temían ver aparecer ante ellos lo que consideraban piltrafas humanas.

Los leprosos òvivían doblemente castigados, por la enfermedad y por la sociedad. La lepra iba comiendo sus carnes, la soledad su corazón.ö (M Descalzo, VymdJ, p. 463).

Los leprosos eran considerados muertos en vida, pero hubo uno que se negó a declararse muerto, uno que oyó hablar de Jesús y se atrevió a esperar contra toda esperanza. Rompiendo las normas, quebrantando la ley, se atreve a acercársele. No tiene nada que perder y en cambio puede ganarlo todo.

QUE, AL VER A JESÚS, SE ECHÓ ROSTRO EN TIERRA, Y LE ROGÓ DICIENDO: òSEÑOR, SI QUIERES, PUEDES LIMPIARME.ö

se echó rostro en tierra y le rogó

El leproso lo ha perdido todo: su familia, su trabajo, su casa, su comunidad. Podría haber exigido, desesperado, que Jesús lo ayudara. Pero no llegó exigiendo, sino se postró humildemente ante Jesús.

Señor

La palabra òSeñorö se usa para referirse a Dios. En el Nuevo Testamento se emplea con relación a Jesús. En este caso, el hecho de que el leproso llame òSeñorö a Jesús no implica que conociera que estaba ante el Hijo de Dios, pero sí que le reconoce señorío, Su autoridad.

si quieres puedes limpiarme

No dice ñsi puedesñ Sabe que Jesús puede curarlo, pero no exige que lo haga, deja la decisión en Sus manos.

REFLEXIONA:

¿Cuántas veces oramos pidiendo, exigiendo, incluso tal vez hasta chantajeando a Dios para que nos conceda lo que queremos? ¡Tienes que curar a fulano!, ¡acuérdate que yo he hecho esto y esto por ti!, ¡si lo haces te prometo esto y esto otro!

En cambio el leproso, que tendría todo el derecho de exigir pues verdaderamente su caso es desesperado pues lo ha perdido todo, no exige nada.

Nadie en este mundo sufre lo que sufría un leproso en tiempos de Jesús. Hoy en día, a los enfermos más repulsivos se les atiende. Por citar un ejemplo, cuando empezó la pandemia del VIH, nadie quería atender a los pacientes con sida, porque era contagioso e incurable. En los hospitales de la Iglesia Católica las religiosas los atendieron. Pero a los leprosos no había quien los ayudara. Por eso llama la atención que este leproso del que habla el Evangelio, sea capaz de ponerse enteramente en manos de Jesús y aceptar de antemano Su decisión.

De este hombre aparentemente sin remedio, desahuciado por sus contemporáneos, de éste del que ya nadie esperaba ni hacía nada, surge una oración perfecta, una frase que evidencia una fe gigante y una humildad extraordinaria que todo lo cree y todo lo espera de Jesús.

Dijo òsi quieresö, no ñsi puedesñ y mucho menos ñdebesñ Implícitamente aceptando ñhaz lo que tú quieras, Señor, de antemano acepto Tu voluntad.ñ

Es la oración perfecta: disponernos a querer lo que quiera Dios.

El leproso tenía puesta en Jesús toda su esperanza, que era lo único que poseía. Pero era una esperanza serena, confiada en que Jesús haría lo que realmente fuera mejor. Por eso no lo toma de los hombros para sacudirlo, no le grita, no le exige. Simplemente se arrodilla y expresa humildemente su confianza de que Jesús lo puede todo y si quiere puede curarlo.

REFLEXIONA:

El leproso se pone en manos de Jesús. Su actitud encierra una gran enseñanza para nosotros.

¡Cuántas veces creemos saber lo que nos conviene! Elucubramos sobre la mejor manera de resolver tal o cual situación, y una vez decidido lo que se debe hacer, nos dedicamos a rezar, a rogar, incluso a exigir a Dios que haga lo que nosotros creemos que es lo mejor.

No nos atrevemos a dejarle a Él la decisión, no sea que nos salga con algo completamente distinto a lo que queremos.

Pero nosotros no sabemos lo que nos conviene, es decir, lo que conviene para nuestra salvación.

No siempre gozar de salud, bienestar económico, fama, prestigio, amistades, etc. es lo mejor, incluso puede convertirse en obstáculo para nuestra salvación. Por ello, lo más sabio es ponernos en manos del Señor, aceptar todo lo que permita en nuestra vida, pues si lo permite es porque considera que puede ayudarnos a encaminarnos hacia Él, agradecerse y ponernos enteramente en Sus manos.

REFLEXIONA:

El leproso podía haber dudado de Jesús. Seguramente había oído hablar maravillas de Él, y ahora que lo tenía delante, podía haberle parecido simplemente un hombre. Podía haber pensado: «la lepra es incurable, se me hace que no me va a poder curar» O podía haber dicho: «esta lepra me la envió Dios, qué coraje tengo, ya no quiero tener nada que ver con Él, no le voy a pedir nada» Pero no pensó ni dijo eso. Hizo lo que tenía que hacer: postrarse ante Jesús, decirle lo que anhelaba y aceptar Su voluntad, fuera cual fuera.

REFLEXIONA:

Aprendamos del leproso a decirle a Jesús: «si quieres» y a aceptar de antemano lo que disponga. Y confiar en que Aquel que dijo: «Venid a Mí todos los que estáis fatigados y agobiados por la carga y Yo os aliviaré» (Mt 11, 28), nos ayudará a llevar nuestras cargas.

REFLEXIONA:

El leproso tiene puesta en Jesús su esperanza. En cambio nosotros solemos poner nuestra esperanza en tener salud, dinero, buenas oportunidades, etc. Así, «esperamos» terminar una carrera, «esperamos» encontrar un empleo bien pagado, «esperamos» que todo salga como queremos, «esperamos» llegar a viejos y disfrutar de una ancianidad sana, próspera y sin dificultades.

Y ¿qué esperamos de Jesús? Solamente esperamos no tener que usar la «línea roja» de las llamadas de emergencia, ésa que usa la gente cuando tiene un accidente, pierde el trabajo, un ser querido se pone grave, etc.

Pero esperar en Jesús no significa pensar: «ya sé que está allí si lo necesito, ojalá no lo necesite.»

Esperar en Jesús es mantener todos los días la conciencia de que Él está siempre con nosotros, reconocer que todo lo recibimos de Él, que estamos en Sus brazos, que no nos abandona y que todo lo permite para bien.

El leproso no tiene un «plan B» su actitud es de confianza y abandono total en el querer (entendido en su doble significado de voluntad y de amor) de Jesús.

5, 13 ÉL EXTENDIÓ LA MANO, LE TOCÓ,

extendió la mano

En el Antiguo Testamento hay muchas referencias al «brazo extendido» y a la «mano poderosa» de Dios (ver Sal 136, 12; Deut 4, 34). Es un modo de referirse a Su poder.

También se menciona el brazo extendido de Dios para referirse a Su poder creador (ver Jer 27, 5; 32, 17-21).

Es significativo que en este caso se use esta frase porque dado que la lepra era considerada incurable, sólo el poder de Dios podía sanarla, y dado que el leproso era tenido por muerto, sólo el poder creador de Dios podía darle vida.

le tocó

Las estrictas prescripciones legales sobre lo ḗpuroø y lo ḥimpuroø que regían al pueblo de Israel, ordenaban no tocar a los enfermos y a los muertos. Quien lo hiciera, quedaba impuro.

Tocar a un leproso (que además de enfermo era tenido por muerto) era impensable, además de que el repugnante aspecto y olor de éste desanimaba a cualquiera de acercársele lo suficiente como para poder tocarlo. Pero no a Jesús. Él está por encima de esas leyes discriminatorias que hacen sentir a alguien que no es digno de estar con otros, que es despreciable y debe alejarse.

REFLEXIONA:

Suelo recomendar que al leer los Evangelios nos preguntemos qué otra cosa podía haber sucedido y por qué no sucedió. Por ejemplo en este caso, Jesús podía haberle gritado al leproso que se alejara, podía haberse tapado horrorizado la cara para no verlo, podía haber salido huyendo junto con la gente que le rodeaba y que seguramente salió huyendo. Pero no lo hizo. Se quedó donde estaba, permitió que el leproso se le acercara y no sólo eso, sino que lo tocó.

A Jesús no le repugna el leproso, no le repugna ningún ser humano. Se hizo uno con nosotros para estar cerca de nosotros. No teme tocarnos, no nos rechaza cuando nos acercamos a Él cubiertos de lepra.

Nos toca, nos abraza, quiere sanarnos.

El contacto con el leproso no le transmitirá la enfermedad a Jesús, le transmitirá la salud al leproso.

Y DIJO: $\text{øQUIERO, QUEDA LIMPIO.ø}$

quiero

Jesús no quiere el pecado ni el dolor ni la enfermedad ni ninguno de los males que nos aquejan. Él quiere y procura siempre nuestro bien.

REFLEXIONA:

A lo largo de nuestra vida, el Señor nos ha librado de incontables males físicos y espirituales. Y cuando permite que alguno nos suceda, no es para lastimarnos, sino porque puede santificarnos, hacernos crecer en amor, paciencia, humildad, comprensión, empatía, solidaridad hacia otros, etc.

Lamentablemente cuando nos vemos en medio de un dolor, de una enfermedad, nos quejamos amargamente y le echamos la culpa a Dios, como si nos hubiera enviado eso para fastidiarnos.

Cometemos una tremenda injusticia. Dios jamás quiere nuestro mal, nunca hace nada para lastimarnos.

Cuando sufrimos no hemos de preguntarnos: ¿por qué yo? , sino ¿para qué yo?ø es decir, cómo puedo aprovechar esto que padezco, para que en lugar de que padecerlo sea un mal sea un bien para mí y para los demás, que se vean edificados por mi actitud, que esta experiencia sirva para aprender y ayudar.

queda limpio

Con Su poder, con Su palabra soberana, Jesús manda que el hombre quede limpio de su lepra.

REFLEXIONA:

Queda de manifiesto que el leproso no se equivocó al creer que si Jesús quería, podía limpiarlo.

Nunca queda defraudado quien pone su entera confianza en el Señor. Porque sea que le conceda o no lo que le ha pedido, sabe que la motivación del Señor es siempre el amor, procurar lo que sea mejor.

Y AL INSTANTE LE DESAPARECIÓ LA LEPRA.

al instante

San Lucas hace notar que lo que Jesús dice se hace.

Esto recuerda del libro del Génesis, el relato de la Creación. $\text{øDijo Dios: ḥaya luzø}$ y hubo luzø (Gen

1,3). Aquel que con Su Palabra lo creó todo, puede ahora re-crear a este ser humano, muerto en vida a causa de la lepra.

REFLEXIONA:

Del encuentro con Jesús, salió el leproso sanado.

Se animó a presentarse ante Él y Jesús se le acercó, lo tocó, lo sanó.

No es nuestro pecado el que nos aparta de Dios, sino el creer que no tenemos remedio y apartarnos de Él.

Ya vimos lo que hizo el leproso, consideremos también lo que no hizo:

No pensó que ya no tenía remedio, a pesar de que todos le decían eso, que no tenía remedio.

No creyó que Jesús le tendría asco, a pesar de que asco era lo que le tenían todos los que lo veían.

No perdió la esperanza, a pesar de que parecía que no había razones para tenerla.

No permitió que nada lo apartara de Jesús porque tenía la certeza de que sólo Él podía sanarlo.

Aprendamos de él a nunca pensar que no tenemos remedio o que por nuestros pecados le damos asco a Dios o que ya no hay esperanza para nosotros, no es así.

Sólo tenemos que hacer lo mismo que hizo el leproso. Reconocernos necesitados de Dios, postrarnos ante Él, confiar que puede limpiarnos y aceptar de antemano la manera como intervenga en nuestra vida para ayudarnos.

1, 14 Y ÉL LE ORDENÓ QUE NO SE LO DIJERA A NADIE.

Aunque en el Evangelio de san Lucas no está tan presente como en el de san Marcos, aquí vemos un ejemplo de lo que los comentaristas bíblicos llaman «secreto mesiánico». Se refieren a que Jesús ordenaba que no se supiera que realizaba ciertos milagros que según las Escrituras realizaría el Mesías. Es que la gente esperaba un Mesías político, que liberara al pueblo de Israel del yugo de los romanos. Pero Jesús no vino a eso, así que quería que se mantuviera en secreto lo que hacía, hasta que llegara el momento de darlo a conocer.

Y AÑADIÓ: «VETE, MUÉSTRATE AL SACERDOTE Y HAZ LA OFRENDA POR TU PURIFICACIÓN COMO PRESCRIBIÓ MOISÉS PARA QUE LES SIRVA DE TESTIMONIO.»

Se refiere a lo que estaba mandado en la Ley de Moisés (ver Lev 14, 1-32)

Jesús quiere que este hombre, que lo había perdido todo (familia, casa, trabajo, comunidad), se reintegre cuanto antes a su vida normal.

REFLEXIONA:

«Los leprosos de carne y hueso constituyen una realidad trágica también en nuestro tiempo. Pero están lejos. Y existen personas «admirables» que se dedican a ellos. Nosotros nos conformamos con uno que otro suspiro de compasión y una limosna.

Y fingimos no ver a los leprosos que están a nuestro lado. A los que nos repugnan porque no comparten nuestras ideas, no nos resultan simpáticos, son aburridos, inoportunos, depresivos, no tienen nuestros mismos gustos, nos fastidian con sus problemas, nos molestan con sus miserias, no respetan nuestra agenda.

¡Cuántos «leprosos» hemos excluido, rechazado, ignorado, condenado a la soledad aquí mismo, en nuestro ámbito familiar!» (Pronzato, PDD cB, p. 143).

5, 15 SU FAMA SE EXTENDÍA CADA VEZ MÁS Y UNA NUMEROSA MULTITUD AFLUÍA PARA OÍRLE Y SER CURADOS DE SUS ENFERMEDADES.

Vamos viendo cómo cada vez hay más gente que acude a Jesús, a escucharle y a ser sanados.

1, 16 PERO ÉL SE RETIRABA A LOS LUGARES SOLITARIOS, DONDE ORABA.

San Lucas enfatiza siempre la importancia que tenía para Jesús dedicar tiempo a la oración. Sus jornadas estaban llenas de gente que lo rodeaba, lo apretujaba, le pedía algo. Necesitaba esos espacios de soledad, silencio y paz, para encontrarse con Su Padre y en ese encuentro cobrar nuevas fuerzas para continuar.

•No sólo con palabras, sino con obras nos enseña el Señor a orar. Él mismo oraba frecuentemente y nos mostraba lo que debemos hacer, al darnos su propio testimonio.ö (San Cipriano, ACCS).

REFLEXIONA:

En el ajetreo de tu vida cotidiana, en la que seguramente ñno te da tiempo de nadaø porque ñel tiempo vuelaø y ñcuando acuerdas ya se terminó el díaø ¿cuánto tiempo dedicas a orar?

¿Apartar un tiempo especial para ello o lo dejas al ahí se va, a ver si me da tiempo o ya siento mucho cansancio y sueño y otra vez lo dejo para mañana?

Jesús nos da ejemplo de cómo equilibrar cada jornada. No puede ser solamente acción, no puede ser solamente oración. Ambas son necesarias.

REFLEXIONA:

Relee el texto que revisamos hoy. Hazlo con Lectio Divina, ese método antiquísimo que propone la Iglesia para abordar la Sagrada Escritura (ñlectioø leer despacio el texto bíblico; ñmeditatioø meditarlo, reflexionarlo; ñoratioø dialogar con el Señor acerca de lo leído y meditado, y ñactioø aterrizarlo en algún propósito concreto).